

elevar en medio de sus un dia santas rocas el glorioso estandarte de la cruz.

Los abusos introducidos en el uso de los sacramentos y en las ceremonias de las iglesias, fijaron la atencion de los dos religiosos. Sus predicaciones tuvieron el resultado que podian esperar de la rectitud de sus intenciones y la generosidad de su sacrificio: corrigieron muchos errores, reformaron los ritos, hicieron reparar las iglesias, dieron en una palabra nueva faz á aquella cristiandad.

La reforma no la llevaron empero á cabo sin obstáculo. Fuese que contrariara los sentimientos, fuese que dañara á los intereses del patriarca de los Maronitas, opúsose á ella con vigor y solo cedió á la evidencia de un milagro.

El dia de la Asuncion, en ocasion en que Griffon asistido de Francisco predicaba por la tarde en presencia del patriarca, obtuvo, dicen, que Dios confirmara la verdad de su doctrina de una manera manifiesta, haciendo cambiar de sitio á la luz del sol; de modo que los rayos que penetraban por la ventana de Occidente se introdujeron de pronto por la de Oriente.

Este prodigio, que tuvo lugar á la vista de una inmensa muchedumbre, conmovió de tal modo á los Maronitas, que desde aquel instante creyeron con toda sumision lo que los religiosos les decian y enseñaban.

Fray Francisco de Barcelona y Fray Griffon vivieron veinte y cinco años entre los Maronitas, gozando de una gran reputacion de santidad y siendo bendecidos y amados de todos.

Mucho les debe á esos dos intrépidos misioneros el catolicismo.

Tal es el recuerdo que hemos dicho debiamos consagrar al hijo de Barcelona y de su convento de San Francisco.

Otras cosas podríamos decir que arrojan los anales franciscanos, pero lo juzgamos de menor importancia á lo hasta aquí dicho y creémoslo por lo tanto inútil.

Teniendo pues ya completa noticia del convento, de su grandeza, de su fama, de su importancia, de sus recuerdos, pasemos á su destruccion.

Aquí fuerza es que nos detengamos.

Hemos llegado á uno de los puntos mas culminantes de esta obra.

Para decir lo que fué de toda aquella riqueza de arte gótico, de todo aquel precioso estuche de religiosas joyas, de todo aquel panteon de recuerdos ilustres, preciso nos es contar toda la historia, y la historia completa, de una sola pero terrible y espantosa y sangrienta noche.

La noche del 25 de julio de 1835.

El autor de estas líneas era entonces muy niño, pero jamás mientras viva ha de olvidar los horrores de aquella noche. Es un recuerdo que está escrito con caracteres de fuego en su mente; es una noche que la inmortaliza en páginas de sangre la historia.

## VIII.

LA NOCHE DEL 25 DE JULIO DE 1835. (1)

TRISTE es escribir esta escena de la historia contemporánea, pero es forzoso.

Exíjelo la marcha de la obra que damos á luz.

Para mayor comprension, nos elevaremos al punto donde creemos deber ir á buscar el origen de los hechos.

A los generales gobernadores en Cataluña, Castañes y Campo Sagrado, que habian gobernado sin efusion de sangre dejando en el pais los mas gratos recuerdos, sucedió en 1828 el tristemente célebre conde de España.

Su nombre es un nombre que horroriza á todo español, que hace aun palidecer á todo catalan.

No fué el conde un general para Cataluña, fué un tigre, un tigre sediento de sangre.

Bajo su ominoso gobierno, cada dia la ciudadela, como monstruo que jamás

(1) Para escribir este capítulo con toda la conciencia, tino y verdad posibles, el autor ha acudido á sus propios recuerdos, como testigo presencial de las mas importantes escenas de aquel dia, á los de personas de mayor edad que tienen muy presente todo aquel drama, á los de varios personajes que entonces figuraron, á los diarios de la época, á las pocas obras ligeras que tratan el asunto de paso, y sobre todo á la relacion que de aquellos sucesos escribió y publicó en un cuaderno, con hábil pluma y exactitud notoria, el entendido abogado y literato Don Francisco Ragull.

logra verse sacio, se engullia las víctimas que le enviaba el capricho del conde, y las familias diezgadas inhumanamente en vano pedian al cielo que las librara de aquel azote sangriento que en el conde de España habia caido como una maldicion sobre la infausta Barcelona.

La Providencia, cansada sin duda de tantos desastres como llovian sobre la infeliz Cataluña, debidos al capricho loco y déspota de un solo hombre, apresuró el instante de la ansiada libertad.

Al morir el rey Fernando, Don Manuel Llauder se presentó á sustituir en Barcelona al conde de España.

La llegada de Llauder con el caracter de capitán general del ejército de Cataluña, fué un acontecimiento que marca época en la historia de Barcelona. Ningun recibimiento de pueblo ha sido mas entusiasta que el que se le hizo; ningun general de provincia obtuvo jamás mayor aura popular; ningun gefe fué mas francamente obedecido; ningun ciudadano puede gloriarse de haber tenido como él en su mano los destinos de la patria.

A la entrada del nuevo general en Barcelona, Carlos de España se retiró silvado, apedreado, maldecido, pero vivo. Parece increíble que el pueblo le dejara partir sin hacerle añicos.

Y sin embargo, nosotros lo comprendemos bien.

Era que la Providencia, justa y acertada en todo, quiso reservar al tigre de Barcelona para una muerte mas terrible, mas espantosa de la que entonces le hubiera dado el pueblo.

Al dar el último suspiro Fernando VII, la nacion toda se conmovió. Habia llegado el momento de la crisis.

La sedicion del engañado Bessieres y la sublevacion de los realistas de Cataluña en 1827, probaban á las claras que el partido antiliberal no queria que la prole de Fernando sucediese en el trono, y cuando la postrera enfermedad del monarca, ó debia permitirse que empuñara el cetro el infante Don Carlos, ó llamar en apoyo del solio de la tierna Isabel á los que habian recibido el bautismo regenerador de las ideas proclamadas por el héroe-mártir de las Cabezas de San Juan.

Nadie ignora el entusiasmo con que abrazaron los liberales la causa de la inocente y augusta niña á quien daba el derecho divino la corona, pero nadie ignora tampoco el efecto desgarrador que produjo el ministerio Zea Bermudez con el manifiesto en que osaba anunciar, á la faz del siglo XIX que le miraba sorprendido, que la viuda de Fernando, la Gobernadora del reino no cambiaria de sistema.

Un ahogado grito de estupor, recuérdese bien, contestó á este manifiesto. La España tembló, la consternacion fué general, y todos los que se habian visto perseguidos durante los últimos aciagos diez años y los que de nuevo se acababan de comprometer decidiéndose por la reina, creyeron ver ya suspendida sobre su cuello la sangrienta cuchilla de otros tantos tiranos como el asolador de Cataluña.

El general Llauder fué el primero que, con el ardor de un buen patriota, se atrevió á alzar la voz desde el seno de la ciudad misma donde tambien algun dia la habian alzado en favor de los derechos del pueblo, los Fivaller, los Tamarit y tantos otros héroes ciudadanos.

Efectivamente, Llauder en 25 de diciembre de 1833 dirijia una esposicion á la reina gobernadora en que hacia patentes los males que sufría la nacion, sus necesidades y sus deseos, declaraba que el ministerio Zea se habia hecho tan impopular que comprometia la tranquilidad y minaba el trono de Isabel en el único estribo que le sostenia; manifestaba que la nacion no podia olvidar que el rey difunto, para anular lo hecho por ella y conseguir que se sometiese á su cetro, prometiera solemnemente en su decreto de 4 de mayo de 1814, una constitucion análoga á las luces y exigencias del siglo, á cuya promesa habia faltado; decia que Cataluña no aspiraba á privilegios particulares, siempre odiosos y contrarios al sistema de unidad que debe hacer la fuerza del estado; y concluia pidiendo que la reina tuviese á bien elegir un ministerio que inspirase notoriamente confianza, y al mismo tiempo decretase la mas pronta reunion de cortes con arreglo á las leyes y con la latitud que exigia el estado de las poblaciones.

El ministerio devolvió á Llauder su pliego sin abrirlo, pero el general tenia tomadas sus medidas. Habia desarmado á los voluntarios realistas y armado los de Isabel, y se habia procurado el apoyo de los patriotas catalanes.

Fueron nombrados por el ministerio, dice Ragull en su obrita sobre la conmocion de Barcelona, para tres de las cuatro provincias de Cataluña, los gobernadores civiles que debian prestar juramento en manos del general Llauder, antes de tomar posesion de sus destinos. Prescindiendo de las personas nombradas, correspondia á sus atribuciones encargarse de la direccion de la policia y de otros ramos de la administracion pública, que, políticamente hablando, convenia retuviese en aquel momento Llauder porque aun no se habia decidido sobre su reclamacion, que, como hemos visto, consistia en la destitucion del ministerio y en una verdadera revolucion, pues pidió se cam-

biase la forma de gobierno contra lo espresamente anunciado á los españoles por el manifiesto del ministerio Zea en que abiertamente se negaba toda innovacion.

Para impedir que el gefe de la revolucion se viese privado de algunos resortes que le quitaba, en un momento crítico, la astucia de Zea Bermudez, muchos habitantes de Barcelona se reunieron todos sin armas en la plaza de Palacio á las doce del diez de Enero de 1834. A lo que parece, no tenia más objeto aquella reunion que pedir al general Llauder no diese posesion á los gobernadores civiles electos hasta que hubiese decidido la corte acerca de su esposicion.

Empero, quedó frustrada esta idea, pues que — no nos atreveremos á decir que fuese con malicia — el general había salido la noche anterior para Esparaguera haciendo anunciar su marcha en los periódicos.

Desde aquel dia comenzó para Llauder una nueva época.

Lejos de nosotros la idea de querer prejuzgar la opinion que formulará la historia sobre los actos del sucesor del conde de España en el gobierno militar de Cataluña, pero es lo cierto que entonces empezó á recorrer el general del principado una senda de continuas vacilaciones y principiaron sus actos á ser incomprensibles por no decir misteriosos (1).

Llauder dió en aquellas circunstancias una prueba manifiesta ó de su poca sagacidad política ó de una notoria irresolucion de caracter, pues que, no solamente no apreció la accion de los que le secundaban por puro patriotismo, sino que dió posesion de sus destinos á los gobernadores.

En el interin la corte, que debia suponer en Llauder mejor firmeza de caracter, sabedora de la reunion del 10, se decidió á cambiar el ministerio y á variar de sistema, renunciando, segun se dijo, al gobierno absoluto.

Martínez de la Rosa reemplazó á Zea y presentó su Estatuto, aquel estatuto que envejeció tan pronto y que no obstante estar destinado, segun el discurso de la reina gobernadora en la apertura de las sesiones, «á ser el cimiento sobre el que debia elevarse magestuosamente el edificio social» fué solo una verdadera y rápida transicion á otro mas necesario y mas radical sistema.

Pródiga se mostró la nacion á las demandas del ministerio. El amor á la li-

(1) Un sujeto respetable bajo todos conceptos, que figuró en los acontecimientos de aquella época, nos aseguraba no hace muchos dias, que Llauder estaba sometido al influjo de una sociedad secreta la cual le dictaba órdenes que el general se veia precisado á acatar. Repetimos esto sin ánimo de herir la memoria de aquel caudillo, y solo porque, esplicada de esta manera, acaso se comprendería la conducta del gobernador del principado en las indicadas y sucesivas circunstancias.

bertad se presentó la caida del gabinete Zea Bermudez en un grado de sublime entusiasmo; el pais depositó su confianza absoluta en un ministerio que desgraciadamente no correspondió á ella.

Al ocupar las sillas los que componian el consejo de que fué nombrado presidente Martínez de la Rosa, apenas había en España un faccioso declarado, y sin embargo, durante su administracion, aumentó con tanta rapidez el partido carlista, que á lo mejor, sin saber como, sin comprenderlo bien á punto fijo, se encontró España con un ejército formidable en su seno que sitiaba y rendia ciudades, que se burlaba de los conocimientos y esperiencia de los generales de la reina, y que obligaba al ministerio á entrar en tratos con él.

Las banderas de Carlos desplegaronse ufanas al viento, y vieron que de todas partes corrian soldados para agruparse á la sombra de sus pliegues.

El ministerio Martínez de la Rosa no supo conocer el peligro y no pudo por lo mismo evitarle. Como si se hubiese sentido herido de estupor ó como si lo creyese todo un simple juego, permaneció en una inaccion completa, sordo á las voces de algunos próceres, sordo á las reclamaciones de una prensa que estaba en su infancia, sordo hasta al eco tremendo de la campana que tocaba á rebato en varios pueblos y predecia, con su agorero timbre, las asonadas de Málaga, de Zaragoza y de la misma corte española.

Mucho había esperado la nacion de Martínez de la Rosa. Sus triunfos en la tribuna, sus declamaciones en la prensa, sus primeros pasos en la senda de la emancipacion nacional, las persecuciones que debia al despotismo, todo había hecho creer que era la persona necesaria para la felicidad de España y fué por lo mismo elevado al apogeo de la popularidad.

Pronto llegó el desengaño.

Las lentas y tardías medidas de su espíritu de temporizacion comprometieron gravemente el porvenir del pais. El primer ministro vió síntomas de anarquía allí donde no debía ver mas que la lealtad del patriotismo, vió asomos de revolucion allí donde no había mas que entusiasmo constitucional, y temiendo una parodia de la revolucion francesa, no se atrevió á conceder todo lo que la necesidad reclamaba en nombre de las exigencias del siglo, y quiso hacer prevalecer su absurdo justo medio por conducto de una fusion del antiguo y del nuevo régimen.

España no quería esto, pedía reformas, reformas radicales y completas, tales como se las había hecho esperar la rehabilitacion de 1812 y 1820 en la persona de Martínez de la Rosa.

El ministerio tuvo entonces que alegar, para sostener sus erróneas doctrinas

que la nacion no se hallaba todavía en estado de gozar de sus derechos, palabras aventuradas é imprudentes que fundidas en el crisol de la opinion pública, cayeron como gotas de plomo hirviente sobre la cabeza del primer ministro.

A todo esto, Llauder fué nombrado ministro de la guerra en Diciembre de 1834, pero hacia pocos dias que estaba en el ministerio, cuando tuvo que retirarse ante el motin del 18 de Enero que costó la vida al capitán general Canterac, y volviöse á su mando de Cataluña que se habia reservado.

Conforme con su equivocada, política de fusion esforzóse el ministerio en retardar la restitution de los bienes nacionales á sus compradores durante la segunda época constitucional. Intentaba retrasar la discusion hasta que se realizase la reforma del clero, pero no pocas consideraciones decidieron á los estamentos en pro de dicha ley. Es que era acaso el único recurso ofrecido á la nacion para libertar de una total ruina su sistema de hacienda.

Cerráronse las cortes, hubo en Madrid algunos desórdenes dirigidos contra la persona del primer ministro y este, en el colmo de la impopularidad, cedió su silla al conde Toreno.

Era ir de Scyla en Caribdis.

Mientras tanto, las fuerzas del pretendiente habian ido engrosando, él mismo se hallaba entre sus partidarios, y la jornada y victoria de las Amezcuas habia acabado de rasgar el velo presentándoles á los ojos de la nacion en toda su verdadera importancia.

Llauder en Cataluña parecia querer seguir un sistema parecido al del gobierno, y el hombre que á fines de 1833 se habia puesto al frente de la revolucion y arrojado el guante á la corte de España, volvió á recordar con sus medidas al hombre que en épocas aciagas habia reprimido las tentativas para restablecer la constitucion; primeramente contra el desventurado Lacy en Cataluña y despues en 1830 contra el caballero Mina al pié de los Pirineos.

Mientras Llauder con su policia se empeñaba en descubrir anarquistas y revolucionarios, conspiraban los carlistas en sus mismas barbas con toda seguridad, é iban engrosándose las filas de los facciosos que maltrataban y robaban á los viajeros, arrastraban hasta profundas guaridas en medio de los bosques á pacíficos ciudadanos para arrancarles cantidades que las mas veces no podian pagar, atacaban á los pueblos, asesinaban á cuantos urbanos conseguian sorprender y tenian por fin aterradas las comarcas.

Cataluña presentaba un cuadro desolador y los honrados patricios veian un porvenir bien triste, un bien oscuro y encapotado horizonte.

Era llegada la hora de llorar por la pobre patria.

La guerra civil se ofrecia en primer término, y do quiera que los ojos se tendiesen solo hallaban incendios, muertes, alevosias, horrores y calamidades. La discordia, armado su brazo con la flamijera tea, suelta al aire su cabellera de serpientes, recorría las filas de los españoles é incitaba al padre contra el hijo, al amigo contra el amigo, al hermano contra el hermano.

A tan desconsolador espectáculo, que afligidos tenia los corazones todos, se juntó la indignacion que hizo nacer un rumor que comenzó á correr en voz baja por todas partes. Asegurábase que, faltando á las santas leyes del sacerdocio, cada convento era un foco de rebelion, y que en el silencio y misterio de los claustros se tramaban sordas maquinaciones contra el trono de la inocente Isabel.

Veíase en efecto á los frailes — no á todos, pero á muchos de ellos, — inclinados abiertamente á favorecer los deseos ilegales del pretendiente; decíase, — y esto era por desgracia una gran verdad — que algunos habian abandonado los conventos para ir á alentar con su presencia las hordas carlistas ó á ponerse á su frente, soñando en otra guerra de la independenciam; dábanse detalles minuciosos de las conspiraciones y reuniones misteriosas celebradas en el fondo de los monasterios; citábanse y señalábanse con el dedo los religiosos que en voz alta y con toda la valentía indigna de un sacerdote osaban negar el derecho hereditario á la augusta niña..... enumerábanse por fin no pocas monstruosidades que se atribuian á los frailes, y que nosotros creemos de nuestro deber callarlas por absurdas, hasta llegar á decir que habian envenenado las aguas para acabar de una vez con todos los liberales.

Todo parecia unirse para convertir á las comunidades religiosas en blanco de la ira de los pueblos.

Las cabezas fermentaban, los corazones hervian, los brazos se agitaban convulsos... La opinion pública estaba unida y compacta en acusar á los frailes. Sin embargo, debemos decirlo con la verdadera imparcialidad de cronistas, muchos de sus enemigos eran no mas que simples visionarios que creian hallar en cada fraile un carlista, como Llauder en cada hombre un revolucionario.

Nosotros creemos de buena fé, como pretenden muchos, que no habia ningun plan, ninguna conjuracion, ninguna trama, pero sí diremos al menos que todos los ánimos estaban preparados para el combate.

Instintivamente todos esperaban una señal que nadie les dijera que hubiese de darse, pero que todos sin embargo sabian que se daría.

Zaragoza fué la primera en lanzar su rugido de esterminio.

La noticia de las sangrientas escenas de su monstruosa orjía, cundió con la rapidez de un rayo agitando y conmoviendo los ánimos.

Ay! porqué permitió Dios que fuese esa ciudad tan noble, tan heroica, tan digna, la primera que hubo de arrojar una mancha indeleble sobre las páginas de oro del rico libro de su rica historia?...

La consternacion de todos los buenos patricios, la exaltación y efervescencia de los espíritus habian llegado á su colmo, cuando se supo en Reus la nueva de que un destacamento de sus urbanos, regresando de Gadesa, habia sido sorprendido por los facciosos que bárbaramente habian asesinado á su capitán Monserrat y á seis voluntarios, á uno de los cuales padre de ocho hijos, se dijo que lo habia mandado crucificar y sacar los ojos un fraile de los varios que iban con los rebeldes.

Ignoramos todo el grado de certeza que pudo tener la noticia, noticia que hallamos confirmada en todos los impresos de la época, noticia por otra parte que nos ha sido garantida por personas de la misma villa de Reus, en aquel entonces allí residentes. Aun admitiendo, como admitir se debe, exajeracion en la noticia, queda casi fuera de toda duda que un fraile fué quien incitó á los rebeldes á cometer el bárbaro homicidio con los ya rendidos é indefensos urbanos, y esta noticia, que cundió con toda la rapidez con que cunden las malas noticias, hizo estallar á la poblacion en gritos de venganza.

La mecha acababa de prender en la pólvora.

El pueblo de Reus, inspirado acaso por el reciente ejemplo de Zaragoza, rompió todos los diques con su desbordada cólera, holló todos los respetos humanos, saltó la valla de las leyes divinas y humanas, y aquella misma noche veía la villa arder en su recinto dos de sus tres conventos, al propio tiempo que eran impiamente asesinados cuantos frailes caian en poder del desenfrenado populacho.

Llauder, al recibir la comunicacion que le daba parte de este atentado, envió á Colubi, gobernador de Tarragona, amplios poderes para obrar conforme lo exijiesen las circunstancias, pero el pueblo de Reus cerró las puertas y negó la entrada al gobernador al que, como dijera que se presentaba para restablecer el orden, se le contestó con un laconismo verdaderamente espartano que el orden estaba ya restablecido, contestacion sublime si los hechos no hubiesen desmentido las palabras y sino hubiese ido acompañada de un acto de desobediencia á la autoridad.

La asonada de Reus produjo desgraciadamente su efecto, y lo produjo tanto mas, cuanto que se divulgó la noticia de que en uno de los conventos se ha-

bian hallado armas con unos gorros de cuartel nuevos, y en otro una pieza de percal pintada con unas escarapelas del ruedo de un peso duro con el retrato del pretendiente.

Esto acabó de poner fuera de sí á muchas cabezas acaloradas, que no faltaban en aquel tiempo. Justamente alarmados los religiosos de Barcelona al ver la tempestad que les amenazaba y que iba á caer sobre ellos con terrible furia, se acojieron á Llauder y pidieronle su proteccion manifestándole sus deseos de abandonar secretamente sus moradas, pero el general se empeñó en no consentirlo fiado en su prevision y en la fuerza de las bayonetas que mandaba.

— Duerman tranquilos, buenos padres, — les dijo. — Aquí estoy yo.

Ay! nó, allí nó estaba él! Lo que allí estaba era... la revolucion.

Si Llauder hubiese meditado un poco, si su amor propio hubiese hecho lugar á su cordura, si hubiese querido estudiar la situacion, la época, el momento, hubiera conocido que lo mas cuerdo y político en aquellos críticos instantes era separar de sus conventos á los religiosos que habitaban en las grandes poblaciones.

Esto era lo que debia hacer, esto fué lo que no hizo (1).

(1) Un digno y reputado literato de esta capital, particular amigo nuestro y que lo fué tambien por muchos años del general Llauder, nos contaba hace pocos días el siguiente caso.

« Hallábame en París, nos decía, punto donde por largos años fijé mi residencia, cuando una tarde se presentó en mi gabinete el general Llauder, á la sazón tambien en París. Entró, radiante el rostro, con un grueso manuscrito bajo el brazo.

— Qué es eso, amigo mio? le dije.

— Acabo en este instante de dar la última plumada á mis memorias y te las traigo para que me las corrijas.

— Tus memorias?

— Sí; se me culpa y debo sincerarme. Por esto las he escrito. Me interesa que vean la luz cuanto antes.

— Bien, le dije yo entonces, mañana hablaremos; duerme bien esta noche.

Al día siguiente le volví á ver.

— Has dormido ya? le pregunté.

— Porqué me lo dices?

— Ayer, cuando me entregaste tus memorias, las concluías en aquel momento; te duraba aun el fuego de la inspiracion, del entusiasmo. Hoy has dormido ya, has puesto toda una noche en medio... debes por consiguiente hallarte mas tranquilo, mas dispuesto á raciocinar.

— Pero, qué significa?...

— Dime, lo has pensado bien?... estás verdaderamente decidido á dar á luz tus memorias? No las he leído, pero en ellas debes irremisiblemente herir la susceptibilidad de alguno, descubrir la mala fé de otro, quitar la máscara á ciertos sujetos, culpar la credulidad de